



HAL
open science

Regresar a la madre patria. La repatriación de los mexicanos durante el Porfiriato

Evelyne Sanchez

► **To cite this version:**

Evelyne Sanchez. Regresar a la madre patria. La repatriación de los mexicanos durante el Porfiriato. MASCIPO-CNRS. Salvador BERNABEU et Frédérique LANGUE (coords.), Fronteras y sensibilidades en las Américas,, Dos Calles, pp.259-282, 2011, 978-84-9744-110-0. hal-00943674

HAL Id: hal-00943674

<https://hal.science/hal-00943674>

Submitted on 8 Feb 2014

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

Regresar a la madre patria. La repatriación de los mexicanos durante el Porfiriato.¹

Evelyne Sanchez

Framespa-CNRS (Francia).

Introducción

Si el tema de la colonización interna en México ha sido muy descuidado y sometido a una lectura ideológica por parte de la historiografía mexicana posrevolucionaria, más preocupada por denunciar el “malinchismo” de Porfirio Díaz y justificar ideológicamente el movimiento revolucionario que por una reconstrucción fidedigna de los hechos a partir de la voluminosa documentación existente en los archivos, el de la repatriación no ha recibido un trato mucho mejor a este². Sometido al mismo trato ideológico, el estudio de la repatriación se ha presentado como una preocupación de los gobiernos revolucionarios, motivados por un nacionalismo supuestamente en ruptura con los prejuicios de las élites porfiristas “vende patria”. Algunos trabajos han empezado a replantear estas cuestiones entablando una verdadera revisión de esta historia oficial, aunque debemos lamentar que no han provocado un gran entusiasmo dentro del gremio de los historiadores. Uno de estos trabajos es el de Robert Holden quien, a partir de fuentes judiciales consultadas en los tres Estados más afectados por la política de deslinde y de colonización, en la frontera norte de México, ha demostrado que no sólo esta política no se hizo a costa de los pueblos indígenas sino que además éstos últimos resultaron ganadores ya que, por primera vez, obtuvieron con este medio los títulos de sus tierras. Adicionalmente, este autor demostró cómo las compañías de deslinde fueron utilizadas por parte de Porfirio Díaz como un escudo, en caso de que su actividad provocara descontento, pues, en caso de litigio judicial entre compañías y pueblos, el Estado resolvía sistemáticamente a favor de los pueblos.³ Los trabajos de Fernando Saúl Alanis Enciso, por su parte, renovaron la forma de considerar la repatriación. Tradicionalmente considerada como una política voluntarista de un gobierno revolucionario nacionalista, Alanis muestra al contrario que los emigrantes mexicanos no llamaban la atención de los gobiernos, quienes consideraban que si miles de mexicanos habían invertido en un viaje a Estados Unidos bien lo podían hacer de nuevo para su regreso.⁴ Además, no estaban convencidos de necesitar esta mano de obra extra que más bien presentaba el peligro de poder aumentar el número de desempleados y por lo tanto de

descontentos. El mérito de este autor consistió también en revocar el enfoque de análisis de la repatriación, dominado hasta entonces por las interpretaciones económicas especialmente interesadas por el periodo de la gran depresión.⁵

Con este trabajo, pretendemos ir un poco más lejos en la revisión de estas dos políticas - colonización y repatriación - con el estudio de un proyecto desarrollado con el apoyo del gobierno de Porfirio Díaz y que pretendía crear nuevas colonias agrícolas en México con una población de colonos repatriados desde Texas. La fuente en que basamos nuestro estudio presenta varias ventajas. En efecto, se trata de un periódico creado por Luís Siliceo, el empresario quien firmó con el Estado mexicano un contrato de colonización, con el fin de convencer a los futuros colonos de unirse a su empresa. Con este medio, entre otros, Siliceo esperaba resolver el problema mayor que encontraban los empresarios que invertían en la colonización: encontrar a inmigrantes que aceptaran instalarse en México en vez de los otros países americanos más atractivos como Estados Unidos y Argentina. El periódico *El Colono* tuvo una publicación de casi tres años, desde octubre de 1895 hasta julio de 1898 con un ritmo regular de dos números al mes.⁶ El análisis de sus diferentes columnas, a la luz de la historia de las sensibilidades y también del análisis estratégico, permite entender cómo un actor económico y cercano al poder político buscaba crear una opinión pública favorable a su empresa recurriendo a un juego emocional sobre los temas de la madre patria, la confianza y desconfianza y la promesa de un futuro mejor atravesando de nuevo la frontera.

Para entender la complejidad de sus estrategias, debemos hacer unas aclaraciones previas. Primero, la colonización en México gozaba de una fama pésima por los numerosos fracasos que tuvieron sus empresas desde la colonia francesa de Coatzacoalcos en los años 1820.⁷ El impulso a esta política que se dio a partir de la Reforma se concretó en muy pocas oportunidades que bien ilustran las dificultades de la colonia Modelo fundada y refundada varias veces con colonos italianos en la zona de Papantla, al norte de Veracruz en 1856.⁸ La estabilidad política que conoció México en el Porfiriato ayudó a la multiplicación de las colonias, sostenidas por la intensiva política de deslinde de los terrenos baldíos y nacionales. Sin embargo, dentro del periodo que cubre la presidencia de Porfirio Díaz, debemos distinguir los años 1880, cuando se fundaron la gran mayoría de las colonias, y los años 1890 en los que la mayoría de los contratos de colonización firmados entre la

Secretaría de Fomento y empresarios privados, caducaron por falta de colonos.⁹ Fue dentro de este contexto de desaliento respecto a la colonización que Luís Siliceo se propuso una empresa novedosa: ya no depender solamente de la inmigración de una población extranjera, especialmente europea, sino recurrir también a la repatriación de mexicanos instalados en el Estado de Texas en Estados Unidos.

El segundo punto de importancia para entender las estrategias de Siliceo es el hecho de que el empresario se dirigía hacia tres tipos de públicos. El primero, en el que no tuvo muchas esperanzas, estaba formado por los inmigrantes europeos que se instalaron en Texas y quedaron decepcionados por sus condiciones de instalación. En ellos podía surgir alguna esperanza de ver su situación mejorar con una segunda migración quizás más organizada que la primera. El segundo grupo que interesaba a Siliceo estaba compuesto de emigrantes mexicanos que cruzaron la frontera y se fueron a Texas a buscar mejores oportunidades de movilidad social que las que tenían en su lugar de origen. Finalmente, el tercer grupo, quizá el más numeroso, estaba formado con mexicanos que nunca se movieron de Texas sino que pasaron de ser habitantes de México a residentes de Estados Unidos cuando su Estado fue integrado a este país con la invasión norteamericana de 1847. Como es obvio los términos de madre patria y de frontera no tenían el mismo significado para estos dos últimos grupos. Unos habían atravesado la frontera mientras otros habían sido literalmente atravesados por ella una generación o dos antes de que se les presentara la oportunidad de ir o regresar a México. Para unos México era el país que les podía inspirar nostalgia o rencor, y para otros quedaba en el pasado familiar cercano como referencia identitaria reivindicada o negada según su grado de integración a la sociedad texana anglófona.

Esta complejidad generada por los diferentes perfiles del público al que Siliceo se dirigía, agregada a la desconfianza heredada de varios decenios de fracasos y escándalos, provocó grandes dificultades que el empresario no estaba en posición de medir por completo desde el principio de su intento de comunicación con los futuros colonos. Tuvo por lo tanto que elaborar estrategias y reelaborarlas constantemente en función de las reacciones que su empresa provocó. En consecuencia, es imprescindible que un análisis estratégico de su discurso siga el orden cronológico para no perder de vista el juego de la acción/reacción social que se puede analizar a través de las trazas que Siliceo nos transmitió gracias a *El Colono*. De este seguimiento, podemos distinguir tres grandes etapas que formarán la

estructura de este estudio. La primera consiste en una declaración de intenciones en la que Siliceo presentó su proyecto y empezó a dar garantías de la seriedad de la empresa, buscando tomar contacto con los tres perfiles de colonos potenciales que definimos arriba. La segunda etapa se caracteriza por la teatralización de la sociabilidad entre Siliceo y los futuros colonos para contrarrestar la desconfianza originada por la prensa y provocar un entusiasmo que los llevaría a comprometerse definitivamente con la empresa. En la tercera y última etapa, Siliceo, tras dos años de trámites, investigación y negociación, tuvo que jugar con los tiempos: tiempos de la empresa, que requería preparación, tiempos de los diferentes actores, como el gobierno y los futuros colonos, que no coincidían y provocaban desesperación por parte de los candidatos a la migración. En el transcurso de estas etapas, lo veremos, el perfil de los colonos se va reduciendo poco a poco hacia la repatriación de los mexicanos que atravesaron el Rio Bravo en busca de una mejor vida que no encontraron; ni los inmigrantes europeos ni los texanos que pasaron a formar parte de Estados Unidos se interesaron en la empresa.

1. Declaración de intenciones y primeras garantías.

Desde el primer número de *El Colono* publicado el 25 de octubre de 1895, y en cada uno de los números que lo siguieron, Siliceo insertó sistemáticamente la copia del contrato de colonización que había firmado con la Secretaría de Fomento y Colonización. La legalidad de la empresa se veía así afirmada y comprobada, si es que el sólo apellido de Siliceo no era suficiente ya que Luís era descendiente de Manuel Siliceo quien fue Secretario de Fomento en 1856 e impulsor de la colonia modelo de Veracruz.

Sin embargo, si el contrato daba ciertas garantías, también dejaba en el suspenso muchos aspectos importantes y concretos del proyecto. En efecto, el contrato precisaba que se inscribía dentro de la ley de colonización de 1893, que el gobierno se comprometía a vender a Siliceo hasta un millón de hectáreas de los terrenos baldíos y nacionales (art. 2) y precisaba las obligaciones y derechos tanto de la empresa como de los colonos. En cambio, varios aspectos que debían llamar la atención de los posibles interesados en la colonización quedaban sin resolver como el lugar donde se instalarían las colonias. El contrato mencionaba nada menos que siete Estados posibles situados en la frontera norte (Chihuahua y Coahuila), en la región centro del país (México, Puebla y Veracruz) y en la

costa pacífica (Michoacán y Guerrero). Esta práctica, de por sí inquietante para los futuros colonos, podía a lo mejor convencer a inmigrantes europeos que desconocían la geografía de México, pero los mexicanos interesados en repatriarse no podían pasar por alto esta falta de precisión. Adicionalmente, ésta tenía otra consecuencia. En efecto, el contrato daba la lista de las exenciones a las que los colonos iban a tener derecho por un plazo de quince o de diez años en función de la cercanía o no de la frontera. En consecuencia, mientras el lugar de la colonia permanecía desconocido, las condiciones de instalación respecto a los impuestos y otras obligaciones ciudadanas como el servicio militar tampoco quedaban claras. También debía ser preocupante el hecho de que el artículo 9 del contrato mencionaba que:

El Sr. Siliceo o las compañías que este organice, se obligan conforme al art. 28 de la ley de Colonización vigente, a dar en propiedad, a cada familia por venta o cesión gratuita, un lote que no será menor de diez hectáreas, quedando en libertad para vender a los colonos cuanto más éstos quieran, sujetándose a las disposiciones de la misma ley.

Por lo tanto, el colono interesado quedaba sin saber, con este documento, si podía obtener su tierra de forma gratuita o si la iba a tener que comprar al empresario.

En cambio, el artículo 21 daba garantías más firmes a los mexicanos deseosos de repatriarse, proponiéndoles viajar gratuitamente hasta la estación de ferrocarril más cercana a su colonia en las líneas subvencionadas por el gobierno, ¡propuesta que los gobiernos revolucionarios y posrevolucionarios siempre rechazaron!

Siliceo tardó dos meses en empezar a aportar las precisiones necesarias para empezar a convencer a parte de su público. Fue hasta la publicación de *El Colono* del 10 de diciembre de 1895, que la ubicación de la futura colonia empezó a precisarse. De los siete Estados anunciados en el contrato, dos quedaban en la lista: el Estado de Michoacán y el de Veracruz. Las fallas en el cumplimiento del contrato también empezaban a aparecer ya que Siliceo tuvo que negociar con los gobiernos de los Estados para tener propuestas de tierras en vez de recurrir a las tierras nacionales anunciadas en el documento legal. Más aún, tuvo incluso que buscar tierras que pertenecían a municipalidades y a hacendados de los dos estados mencionados.

Podemos observar un doble movimiento en el discurso de Siliceo: entre más precisaba la ubicación de las futuras colonias, más se dirigía hacia un público de mexicanos expatriados. En efecto, de octubre a diciembre de 1895, mientras investigaba donde podía obtener

suficientes tierras de buena calidad para la instalación de una colonia agrícola, esperaba todavía convencer a inmigrantes europeos. Por eso, decidió incluir en su periódico varios documentos en inglés y uno en alemán. En prólogo a la publicación del contrato, publicó un documento que precisaba que:

Members of the following Nations are invited to cooperate: Germany, Denmark, Norway, Belgium, Sweden, Holland, Spain, Ireland, Switzerland, Italy, Russia, France, Austria, Hungary and Scotland. All others nationalities will be admitted subject to approval.¹⁰

En la página 4 del mismo número se publicó una columna titulada “La colonización que conviene a México”. En este texto, muy representativo de la complejidad del pensamiento racial mexicano, el autor anónimo hacía una lista de las virtudes y defectos de los inmigrantes en función de su nacionalidad. Curiosamente, los inmigrantes deseables cabían en la lista elaborada por las autoridades mexicanas: los alemanes primero, seguidos por los húngaros, suizos, holandeses, noruegos, rusos, irlandeses, franceses, belgas, suizos y escoceses. En cambio, el autor recomendaba no colonizar con inmigrantes asiáticos (chinos y japoneses) ni con judíos, fuera cual fuera su nacionalidad, ni tampoco con españoles. Este texto redactado en español no se dirigía a los posibles inmigrantes sino a los hacendados a los que se proponía fraccionar sus tierras para facilitar su explotación. La idea no era nueva: el primer intento de instalar una colonia extranjera en una hacienda fue promovida por el terrateniente y escritor Sartorius, en su hacienda El Mirador, en el estado de Veracruz con colonos alemanes, en 1834. Después de este intento fallido, Justo Sierra estuvo promoviendo también esta idea que se acomodaba perfectamente en el pensamiento fisiócrata del liberalismo mexicano.¹¹ No es el caso aquí analizar este texto desde la perspectiva del racismo sino subrayar la concomitancia de la propuesta de una colonización con inmigrantes europeos con la búsqueda de tierras. Para convencer a hacendados que dedicaran parte de sus propiedades a la colonización, Siliceo juzgaba necesario presentar la propuesta de forma atractiva haciendo la lista de las supuestas cualidades de cada grupo nacional: para los alemanes, “la energía, la constancia y la abnegación” además de una sorprendente capacidad de integración, el irlandés era descrito como “franco, jovial, simpático, económico” y la mujer irlandesa “además de ser muy útil, es notablemente prolífica”. Adicionalmente, su sola presencia mejoraría la calidad de la mano de obra habitual de los hacendados ya que “mejorarían la situación actual de nuestras razas

indígenas, ya enseñándoles nuevos sistemas de cultivo o ya haciéndoles adquirir nuevas costumbres y necesidades y alguna más ilustración”.¹²

En el mismo número de *El Colono*, Siliceo firmaba el primero de una serie de artículos titulados “La repatriación”. Al contrario de los artículos que fueron publicados posteriormente en esta columna, éste no se dirigía a los posibles candidatos a la repatriación sino a los diferentes propietarios de tierras colonizables, hacendados, Estados, municipios, etc. El objetivo era convencerlos de que consideraran la opción de fundar colonias agrícolas con mexicanos expatriados que gozaban de mala fama. Según el empresario, estos prejuicios se debían a que sólo se habían observado a los mexicanos instalados en las ciudades de Texas donde se encontraban los obreros “que por ningún motivo conviene hacer volver al país”,¹³ mientras en el campo tejano se encontraba a un mexicano “laborioso, gente moralizada” que “no son peones de campo, sino más bien medieros que viven con algún desahogo, pero que por mil circunstancias anhelan el regreso al lugar que les vio nacer”.

Los siguientes artículos publicados en esta columna fueron redactados por el equipo de redacción del periódico y sirvieron para precisar este primer planteamiento por parte del empresario. El artículo del 10 de noviembre de 1895 presentaba a los mexicanos expatriados como una población ya rescatada gracias al aprendizaje que pudieron hacer en tierras de civilización y de modernidad: “han adquirido nuevas costumbres, y mayor práctica e ilustración en materia agrícola moderna”. El éxito de esta primera colonización podría entonces generar un movimiento migratorio favorable a México y que desembocaría en el mejoramiento de la raza:

si el establecimiento de una colonia de mexicanos a quienes se les supone ignorantes y atrasados se lleva a cabo debidamente y progresan éstos, como es de esperarse en las colonias que se establezcan, es indudable que cualquiera duda que pudieran tener los individuos de otra nacionalidad respecto a nuestro benigno clima y suelo, se desvanecerán para cimentar el crédito entre las razas emigradoras, construyendo por decirlo así los de nuestra propia nacionalidad el camino que deberá servir quizá más tarde, a esa corriente de inmigración útil que es indispensable para el mejoramiento e ilustración de la raza indígena en México.¹⁴

Como lo podemos observar a través de estas citas, Siliceo utilizó los primeros números de *El Colono* para plantear y promover un proyecto todavía poco definido en sus aspectos concretos. A pesar de la promesa firmada por parte de la Secretaría de Fomento de entregarle tierras en cuanto tuviera reunidos a los colonos, el empresario se encontraba en

la situación opuesta de no poder reunir a colonos mientras no tuviera una seguridad en cuanto a las tierras que los podían recibir. Esta situación lo obligó a buscar una alternativa y a intentar convencer a otros propietarios de tierras con la calidad requerida para el cultivo. Los hacendados y las autoridades estatales iban a ser para eso sus principales interlocutores; a los que Siliceo buscaba convencer a través de varios recursos: el mediático, las garantías legales y el perfil de los futuros colonos. Su proyecto tenía la oportunidad de ser aprobado en la medida que no era ni novedoso ni excepcional: cabía dentro del pensamiento económico fisiócrata del liberalismo mexicano que consideraba que México se debía plantear en la economía mundial como un productor de materias primas, en una división internacional del trabajo que la redacción de *El Colono* resumía en dos frases: “La América es para la Europa la colonia rural. La Europa es para la América la colonia fabril” (núm. 2). Además, retomaba el pensamiento racial que en México tenía tres características: despreciaba a los indígenas sin llegar a considerarlos como definitivamente perdidos ya que eran la mayoría y la base de la mano de obra, sino rescatables gracias al aprendizaje; se radicalizaba hacia ciertos grupos muy minoritarios en México como los chinos y los judíos; ensalzaba las virtudes atribuidas a los europeos con la notable excepción de los españoles. Al inscribirse en las ideas ampliamente compartidas entre las élites políticas e intelectuales del país, el proyecto de Siliceo tranquilizaba por tener rasgos conocidos y aceptados.¹⁵ De estos elementos, podemos cuestionar la validez de la práctica historiográfica posrevolucionaria que consistió en medir el nacionalismo y el “malinchismo” en función del interés del gobierno por la repatriación. El proyecto de Siliceo, apoyado por el gobierno de Porfirio Díaz muestra que no existía ninguna contradicción entre la repatriación de mexicanos y el fomento de la inmigración de poblaciones europeas. Ambas representaban la esperanza de modernizar a la población indígena mediante el mestizaje y la educación y por lo tanto se pueden considerar como dos políticas complementarias.

A través de este proyecto y de las garantías presentadas a diversos actores – hacendados, gobiernos, inmigrantes extranjeros (todavía se dirige poco a los mexicanos de Texas de forma directa) – se vislumbra el retrato de un empresario cuyas principales características son de ser exigente en cuanto a la calidad de las tierras que colonizar y al perfil de los futuros colonos, atento a no dejar ningún aspecto de su empresa en manos ajenas (si bien se

apoyaba en algunos empleados claves), y dispuesto a adaptar su proyecto para poder aprovechar cualquier oportunidad para conseguir tierras y colonos. La mediatización del proyecto empresarial le dio la oportunidad de utilizar esta imagen como un recurso a la hora de intentar crear un vínculo directo y de confianza entre él y los futuros colonos instalados en Texas.

2. La teatralización.

Luís Siliceo entendió muy pronto que para llevar a cabo su proyecto iba a necesitar encontrar la forma de hacer presencia a la vez en Texas, para convencer a los campesinos de sumarse a su empresa, y en varias partes de México para negociar las tierras donde instalar las colonias. Para conseguirlo, instaló una oficina en la ciudad de San Antonio, Texas, donde un encargado, Nicanor Mendoza, iba a reunir las solicitudes de todos los candidatos a la colonización. Adicionalmente y para tener también presencia en varias localidades de Texas, favoreció la creación de juntas locales y, durante su ausencia, el periódico *El Colono* seguía dando noticias de sus diligencias en México y de los avances de sus trámites para conseguir tierras.¹⁶

Pero, frente a la desconfianza originada por los conocidos fracasos de las empresas de colonización y alimentada por la prensa local, Siliceo tuvo que desarrollar otras estrategias complementarias. En el número 8 del periódico publicado el 10 de febrero de 1896, Siliceo empezó a atacar directamente las noticias que circulaban en la prensa sobre el fracaso de colonias ya instaladas en México por otros empresarios. La primera colonia mencionada fue la de Huatusco, en el estado de Veracruz, fundada en los años 1880 con una población de inmigrantes italianos. Para comprobar los rumores de que los colonos “vivían en la más completa miseria”, e incluso que “había dejado de existir”, Siliceo viajó en persona hasta la colonia que fue una de las más exitosas del porfiriato. Su viaje a Huatusco fue anunciado en *El Colono* desde el 26 de diciembre de 1895, así que en febrero, el artículo que firmó podía comenzar con estas palabras:

he dicho, que (...) emprendería algunos viajes con el propósito de visitar las principales Colonias de Extranjeros establecidas hasta ahora en la República, y efectivamente con fecha 24 de Diciembre del año que acaba de expirar me dirigí a Huatusco, en donde hace algunos años la Secretaría de Fomento estableció una Colonia de Italianos.¹⁷

El testimonio directo, la investigación sería basada en la observación y en entrevistas con los colonos, se oponían a los rumores sin fundamento. Siliceo podía entonces lanzar contra los que intentaban desacreditar su empresa: “quien dudare, bien puede emprender un viajecito a la Colonia de Huatusco”, basando en la posible comprobación de sus afirmaciones la veracidad de su descripción.

Pero ni el hecho de tener un representante permanente en San Antonio, ni sus artículos publicados regularmente en *El Colono* hubieran sido suficientes si el empresario no hubiera tenido el cuidado de darse a conocer en persona en varias localidades de Texas. Los vínculos personales no se podían sustituir por otros, más modernos pero no tan eficientes para establecer una relación de confianza. Los primeros pasos fueron sin duda los más difíciles y Siliceo tuvo que buscar apoyo en las personas que ya gozaban de prestigio en la comunidad mexicana de San Antonio para poder insertarse en los círculos adecuados para su proyecto. Siendo de una familia cercana al poder federal desde la época de la Reforma, aprovechó este capital social para solicitar el apoyo de los cónsules de México, el Dr. Plutarco Oruelas en San Antonio y el Sr. León Vargas, cónsul en Corpus Christi.¹⁸ Según el relato de la redacción de *El Colono*, estos contactos fueron claves: Siliceo pasó de ser “totalmente desconocido” a ser objeto de la atenciones de varios grupos organizados. Plutarco Oruelas le entregó una “honrosa carta a nuestro Director facultándole para que se le diera publicidad. Así mismo lo verificó el Sr. León Vargas”. El manejo público de esta red de sociabilidad fue un recurso eficaz ya que

Indudablemente la influencia de estos dos señores por el cargo oficial que desempeñan y la fe que inspiró a los mexicanos el saber que nuestro Director de ambos era conocido y aun les ligaba lazos de amistad, determinó un completo cambio.

Una vez dado este primer paso, los siguientes se dieron de forma más acelerada. Un periódico local, *El Cronista Mexicano*, empezó a dar publicidad a la empresa hasta el grado de convertirse en el “órgano especial de la empresa de Repatriación y Colonización”, o sea que fue comprado por Siliceo para transformarse en el corto plazo en *El Colono*. En Abril de 1895, Siliceo consiguió que se reunieran más de cien mexicanos en las instalaciones de una sociedad mutualista ubicada en el centro de la ciudad de San Antonio. Como era común, las sociedades mutualistas y otras beneficencias solían mantener vínculos entre los grupos de inmigrantes a través de acciones de solidaridad organizada que mantenían

vínculos y avivaban la identidad comunitaria. Siliceo tuvo la agudeza de utilizar esta organización para presentar su proyecto frente a los posibles candidatos a la repatriación. El trabajo de teatralización podía comenzar:

Grande entusiasmo podía observarse en las masas a las 8 de la noche. Nuestro Director haciendo uso de la palabra, manifestó cual era el objeto de tal reunión y propuso un proyecto para realizar la repatriación de todo mexicano digno, constituyéndose él desde luego Agente sin remuneración alguna. Se propuso la instalación de una mesa directiva y se procedió a nombrar las personas que deberían formarla recayendo a favor de nuestro Director el cargo de Presidente de ella. Se nombró un vice-presidente, un secretario y cuatro vocales. Al terminar aquella reunión, el entusiasmo había llegado a su colmo, en los semblantes de cada uno de los concurrentes podía observarse el deseo de que se realizarán las proposiciones presentadas en el proyecto por nuestro Director, a quien felicitaron todos calurosamente. Se fijó un día semanariamente para celebrar reuniones semejantes y estas fueron bastante concurridas.¹⁹

A partir de este evento, “entusiasmo” se iba a convertir en la palabra clave reiterada en numerosos artículos. En efecto, Siliceo buscaba cumplir con su objetivo de reunir una población de colonos formada de “gente decente”, trabajadora, modernizada al contacto de las nuevas tecnologías agrícolas y de una sociedad juzgada como más eficiente. Para el empresario, esta población no se encontraba entre los jornaleros y menos entre los obreros sino entre los pequeños propietarios que juzgaban que no habían despegado económicamente como se lo merecían. En otros términos, esperaba que las familias que se iban a apuntar para formar parte de su proyecto tuvieran algo, aunque poco, que perder. Para superar esta contradicción, no tenía de otra que buscar suscitar el “entusiasmo”, o sea un sentimiento intenso, casi irracional, provocado por la mezcla dosificada de elementos concretos (la repartición de tierras, la exención de impuestos, etc.) y de sensibilidades exacerbadas con la introducción de un discurso sobre la madre patria, en los lugares más oportunos. Obviamente, un salón elegante de una sociedad mutualista era el lugar idóneo para provocar reacciones identitarias exacerbadas por el comportamiento de grupo.

Siliceo tuvo además la inteligencia de saber aprovechar este primer éxito, dándole la publicidad necesaria a través de la impresión de varios “millares de circulares” distribuidas en varios Estados fronterizos entre México y Estados Unidos. En estas circulares, pedía la creación de juntas en los Estados de Texas, California, Colorado, Nuevo México, Arizona y el Territorio Indio, bajo el modelo de la que presidía en San Antonio. Según *El Colono* del 10 de abril de 1896, existían a esta fecha unas treinta juntas instaladas en otras tantas localidades del sur de Estados Unidos. Ésta última se convirtió entonces en la Junta Central de Repatriación, mientras las otras fueron nombradas juntas auxiliares. Podemos notar de

paso que las zonas mencionadas corresponden todas o casi todas a los territorios que Estados Unidos había quitado a México en la invasión de 1847. De esta forma, Siliceo se podía dirigir a dos públicos a la vez, los que habían migrado a Estados Unidos y aquellos cuyos padres o abuelos habían sido integrados a Estados Unidos sin haberlo deseado. A ambos grupos, el empresario se dirigía como a mexicanos.

El efecto de estas estrategias rebasaron quizás las expectativas: Siliceo regresó a México llevándose unas 520 solicitudes para presentarlas a la Secretaría de Fomento y desde su salida (la fecha no está precisada) hasta el 10 de abril, 1000 solicitudes más habían llegado a la Junta Central.

Frente a tantos éxitos, estamos tentados de preguntarnos por qué los editores sintieron la necesidad de explicar tan ampliamente el buen desarrollo de la empresa. La respuesta no se hizo esperar. Dos semanas después, el 25 de abril de 1896, los rumores se habían desatado en contra de Siliceo a través de periódicos texanos publicados en español. Varios indicios apuntan a que varios hacendados de la región, molestos por la idea de perder parte de su mano de obra si la repatriación se llevaba a cabo, empezaron a desacreditar a Siliceo anunciando que éste nunca regresaría a Texas para organizar el viaje de los primeros colonos, tal como lo había prometido. El fracaso de numerosas empresas de colonización, fundadas también en contratos pero que nunca se concretaron, daban credibilidad a estos rumores. Lo interesante del caso fue la reacción de Siliceo, consciente desde el principio de que su ausencia, por muy necesaria que fuera era para poder gestionar todos los aspectos de su empresa, iba a ser su talón de Aquiles. Para contrarrestarlo, había apostado a las relaciones personales. Bien informado de la situación por sus agentes en San Antonio, decidió regresar a la ciudad manteniendo el secreto hasta el último momento. El “corresponsal” de *El Colono* nos da en el número 13 del periódico una descripción detallada de los eventos:

Desde hacía algún tiempo esperábamos su llegada y por lo mismo ya uno o ya otro de los que nos propusimos esperar con calma porque teníamos fe en nuestro Gobierno y en el Sr. Siliceo, frecuentábamos la casa del Sr. N. Mendoza porque sabíamos que éste nos informaría algo relativo a la partida de esa capital, del mencionado concesionario; pero indudablemente el Sr. Mendoza había recibido instrucciones de no comunicarnos la llegada del Sr. Siliceo a San Antonio. Sin embargo hay impresiones que no pueden ocultarse y aunque el día en que abiertamente se nos comunicó su arribo, no era a propósito por haber sido el día de los Santos Inocentes, concurrimos muchos de nosotros a la Estación del Internacional y Grande del Norte temerosos aun de sufrir alguna broma, pero cuál sería nuestro placer al ver llegar a nuestro Agente, que en pocas palabras nos dijo cuanto teníamos que saber, “*todo está arreglado*”.²⁰

Y de terminar su párrafo con esta frase: “Al día siguiente era general el entusiasmo, la noticia había hecho su efecto”. Ésta era la palabra adecuada. Siliceo decidió dejar crecer el rumor y la angustia de que iba a dejar abandonadas a las familias que se habían manifestado para repatriarse como colonos para que el alivio que su regreso generó provocara un entusiasmo mucho mayor al de la primera reunión. Aprovechando el calendario, demostraba su habilidad y su sentido del humor para burlarse de los que habían dudado de su firmeza. Tomar la estación de ferrocarril como escenario fue otra sutileza ya que el lugar era en sí el símbolo de las esperanzas de los futuros colonos, y la frase lacónica pero clara que pronunció acabó de hacerlo aparecer como el hombre providencial. Sin embargo, estos esfuerzos demuestran también un cierto desaliento del proyecto. Siliceo volvió a convocar una junta en el mismo salón de sesiones de la Sociedad Mutualista Mexicana que ya había albergado a la primera reunión meses antes. Quizás no existía lugar mejor en la ciudad pero el hecho de que tenía una capacidad de 300 personas y quedara un tercio vacío demuestra que la teatralización del regreso del empresario no alcanzó totalmente sus objetivos. El hecho de que “toda la prensa en español estaba reunida” no lo compensaba con seguridad ya que sabemos que parte de esta prensa defendía los intereses de los hacendados locales opuestos a la repatriación.

Sin embargo, Siliceo todavía conservaba algunos naipes bajo la manga. Aprovechó la reunión para dar lectura al contrato firmado con el Gobierno del Estado de Michoacán y de cartas relativas a terrenos ubicados en el Estado de Veracruz. Para dar sustento a su anuncio, presentó mapas y descripciones de las tierras de los distritos de Patzcuaro y de Zamora en Michoacán. Finalmente, aprovechó “el gran entusiasmo” para decidir que la junta debía reunirse cada sábado y planear un recorrido de las diferentes ciudades donde se crearon las juntas auxiliares para mantener allí también un vínculo directo personal. La calidad de éste, basada en la relación de confianza entre Siliceo y sus futuros colonos, se plantea en este artículo en términos morales cristianos. No sólo se trata de tener fe en el Gobierno y en el empresario, sino que los que estaban indecisos “ahora han confesado su error”. Esta fe debía compensar una imagen insegura y heterogénea de la madre patria, dividida entre “muchos Méxicos”. La “marcha a nuestra cara Patria” podía significar una oportunidad si el empresario cumplía con sus promesas en cuanto a la calidad de las tierras y del clima donde iba a instalar su colonia, pero la prensa hostil a la empresa se aprovechó

de otra imagen de México para sugerir que las colonias se iban a instalar o en zonas insalubres o en medio de los desiertos cercanos a la frontera norte del país. Frente a un patriotismo que podríamos calificar de selectivo, la “fe” en Siliceo y en un Gobierno que ya había demostrado fallas en cuanto a sus decisiones en materia de colonización debía apoyarse en elementos racionales, lo que Siliceo tomó en cuenta a la hora de publicar sus contratos y las descripciones de los terrenos. También buscaba fortalecerse en la situación de insatisfacción que conocían los migrantes en Estados Unidos, Siliceo los exhortaba entonces en “tener fe ciega en que será resuelta su situación precaria, en territorio extraño, regresando a su país natal un día que no esté lejos”.²¹

Tal como lo anunció en su reunión en San Antonio, el regreso teatral de Siliceo no se detuvo allí. Pronto salió a visitar a la junta auxiliar instalada en Luling, Texas, donde se había organizado una fiesta campestre para esta ocasión y donde se reunieron unas 250 personas. El corresponsal de *El Colono* buscaba entonces presentarnos un retrato patriótico y conmovedor de la reunión donde acudieron familias completas de inmigrantes,

digno de ser fotografiado: grupos de señoras y señoritas, unas alrededor de las fogatas preparando apetitosos platillos, otras cuidando a los futuros ciudadanos de nuestra República aunque nacidos en otro territorio, y otras en bulliciosa y animada conversación haciendo comentarios y proyectos para lo futuro en suelo Patrio: soñando en tanto como pueden las jóvenes soñar. Por aquí diez, por allá veinte, y más allá cincuenta hombres robustos, quemados por el sol, en el trabajo. ¡Qué cuadro aquel!²²

Siliceo compartió con ellos platillos “sencillos cuanto bien condimentados”, o sea muy probablemente guisados mexicanos que las esposas seguían preparando. Después de esta convivencia, el empresario aprovechó su viaje, el primero que hacía a las juntas auxiliares, para dar el relato completo de su proyecto desde que éste había iniciado, esperando compensar con la sociabilidad y su narración la falta de una relación enraizada en el tiempo y triangulada por medio de sus agentes.

Dentro de este contexto festivo, intervino un actor inesperado: El Sr Luís Fernández, Ministro del Evangelio quien tomó la palabra para animar a los presentes a seguir con su proyecto de repatriación. De nuevo Siliceo consiguió el apoyo de una autoridad, aunque venía de un origen muy diferente de la que ejercían los cónsules, de un mexicano instalado y quizás nacido en Estados Unidos. Gracias a esta intervención, el empresario solucionaba una de las angustias de parte de los migrantes que planeaban vivir en México. Si bien la ley sobre la libertad de cultos fue finalmente votada a finales de 1861 y después de intensos

debates, la posible integración de los no católicos a la sociedad mexicana seguía considerada como dudosa debida a las demostraciones a veces violentas en contra de los protestantes.²³ Siliceo había hábilmente diluido en *El Colono* información sobre el desempeño de las colonias mormonas instaladas en el Norte del país bajo Porfirio Díaz, presentándolas como las más exitosas y las más modernas de todas. También sabemos que algunos de los intelectuales y funcionarios de Díaz eran protestantes, como Francisco Bulnes, y que éstos asociaban la idea de modernidad a su confesión religiosa. Pero el impacto de noticias generales sobre el gobierno y sobre colonias lejanas no podía ser tan fuerte como el discurso de un pastor, hombre conocido de la comunidad y autoridad moral que anunció públicamente que ofrecía “su cooperación” y se encargaba de mantener el “entusiasmo” generado puntualmente durante la fiesta campestre.

Como lo muestra este ejemplo y las diversas estrategias de Siliceo, su principal problema consistía en atender a la vez el espacio y el tiempo. Necesitaba hacer presencia en lugares alejados unos de otros ya que, en cuanto salía, los rumores empezaban a circular de que no iba a regresar ni dar seguimiento a su proyecto. Para esto, utilizó masivamente el ferrocarril, diseñando sus viajes en función de las líneas existentes. Gracias a este recurso podía buscar tomar en manos propias el trabajo que consistía en sociabilizar su empresa y crear el entusiasmo y la confianza que el solo discurso sobre la madre patria no conseguía despertar. Pero los relatos están claros: Siliceo tenía el problema de mantener a lo largo de varios meses el entusiasmo que conseguía crear a través de la movilización de varios actores y de la teatralización que imaginó en varios escenarios de las ciudades estadounidenses.

3. Tiempo de la empresa, tiempos de los actores.

Colonizar tierras no era una actividad que se pudiera improvisar. Suponía convencer al Estado Federal, lo que no debía ser tan difícil considerando la larga lista de los contratos que caducaron, encontrar tierras, lo que implicaba un proceso más largo ya que el Estado desconocía cuáles tierras eran baldíos, negociarlas con diferentes autoridades y, al mismo tiempo reunir un número de familias suficiente para fundar la colonia. Este último paso tampoco era fácil ya que los empresarios debían buscar el perfil adecuado de colonos para

que el proyecto agrícola pudiera tener éxito. Una vez dados estos pasos, era también necesario que el director de la colonia hubiera negociado con las autoridades locales y federales el apoyo necesario para que los colonos pudieran sobrevivir, construir su casa y alimentarse hasta obtener los primeros beneficios de sus cosechas. El proceso completo debía tomar varios meses e incluso años, lo cual explica que la política de colonización definida desde 1823 no pudiera llevarse a cabo a gran escala antes del Porfiriato, cuando la estabilidad política podía garantizar el cumplimiento de todos los compromisos.

El testimonio que nos transmite *El Colono* sobre la experiencia de Siliceo nos permite una mayor comprensión de los problemas de implementación de la política de colonización en su cotidianeidad. Según el corresponsal del periódico, Luís Siliceo empezó a moverse para crear una colonia desde 1885, o sea once años antes, con la esperanza rápidamente abandonada de atraer a colonos suizos y escoses.²⁴ En 1890, el empresario realizó su primer viaje a Texas con la idea de compensar los flujos migratorios europeos reacios a orientarse hacia México, con la repatriación de mexicanos instalados en el sur de Estados Unidos. Según la versión que nos da nuestra fuente, la oposición de los hacendados y los costos de la empresa le hicieron abandonar su proyecto. Sin precisar la cronología de sus viajes, el artículo nos informa también de que radicó en Estados Unidos y también en Argentina durante tres años para estudiar estos dos modelos de colonización exitosa. Finalmente, en 1894 retomó la idea, esta vez con más apoyos, como la promesa del Estado de financiar el viaje de los inmigrantes, y tomó los primeros contactos locales con los colonos potenciales. A partir de ese momento empezaron a interferir los tiempos de los diversos actores en el desarrollo del proyecto. Los tiempos de las negociaciones para obtener las tierras a colonizar eran necesariamente lentos, debido a la intervención de varias autoridades, primero la federal para autorizar y dar legalidad a la empresa así como para definir los límites de la extensión de las tierras otorgadas, luego las estatales a la hora de precisar la ubicación y seguir legalizando la entrega, y finalmente los municipios y hacendados a quienes pertenecían realmente las tierras que resultaron no formar parte de los baldíos de la federación. Mientras se hacían las negociaciones, los otros actores – los Estados y los futuros colonos - vivían dentro de un tiempo distinto: el de las elecciones para el Estado de Michoacán, el de las cosechas para los mexicanos de Texas. Podríamos incluso agregar el tiempo de la “contemplación” por parte de los inmigrantes Europeos instalados en Texas y

descendientes de mexicanos a quienes Siliceo seguía dirigiendo algunos artículos en su periódico, de forma puntual y cada vez más esporádica pero sin nunca abandonar la idea de convencerlos.

El director de la compañía entendió pronto que tenía la necesidad de justificar frente a los campesinos de Texas la lentitud de su empresa, a pesar de que su ritmo no dependía tanto de él como de los ritmos de la burocracia mexicana. Consciente de que los habituales fracasos de las empresas colonizadoras eran muy conocidos, intentó explicar que el ritmo lento que había adoptado la suya iba a garantizar su éxito, dado que era el resultado de que estaba cuidando cada detalle. Explicó por ejemplo en estos términos la forma en que fue seleccionando la ubicación de los terrenos de la futura colonia:

fijé mi atención en ambos Estados [Michoacán y Veracruz] para dar principio a mis trabajos de colonización, pues he querido siempre asegurar un éxito a mi empresa, aun obrando lentamente, antes de violentar la obra favoreciendo así el fracaso.

Hoy sería verdaderamente si no imposible, sí difícil esperar malos resultados, cuando cada detalle y cada punto, han sido estudiados concienzudamente sobre el terreno, teniendo en consideración las necesidades y el carácter de las nacionalidades que son más adecuadas a la colonización y cuales sean los cultivos más a propósito a los que pudieran estos favorablemente dedicarse. Así pues, para dar principio a mi empresa, he creído prudente buscar ante todo, un lugar en clima templado y más bien frío que cálido, dejando a la voluntad y opinión del inmigrante, en el porvenir, la elección de un clima más tropical.²⁵

Este tipo de justificación regresaba regularmente bajo la pluma de Siliceo y de sus agentes.

La gestión de los tiempos se iba a complicar a partir del momento en que consiguieron provocar el “entusiasmo” de los futuros campesinos, con los recursos presentados en el apartado anterior, y que no lo pudieron aprovechar en el momento porque las tierras aún no les estaban asignadas. En este contexto ocurrió el episodio más curioso de la experiencia de Siliceo: parte de su plan fracasó por exceso de entusiasmo de un grupo de colonos de la primera expedición que decidieron repatriarse antes de tiempo.

Debemos ser cuidadosos a la hora de interpretar la fuente ya que la presentación de los hechos se hizo *a posteriori*, con el objetivo de que el fracaso de la repatriación no desacreditara el conjunto de la empresa. Por lo tanto, *El Colono* fue el medio principal para una intervención de relaciones públicas que debía presentar los hechos de tal manera que la responsabilidad del fracaso recayera sobre los colonos, sin afectar en nada la organización de la empresa y reforzando la autoridad de Siliceo. El asunto fue publicado el 10 de septiembre de 1896, en un artículo de tres páginas titulado de manera optimista y desafiante “La Repatriación. Más de cien colonos se encuentran ya en suelo patrio y es una parte del

primer grupo. ¿Habrá quién dude ahora?”. El texto es de entrada redactado en un estilo más humilde que lo que anunciaba el título y presenta claramente el dilema en el que se encontraron el director de la colonia ante una situación inesperada que demostraba su falta de control y su equipo que prefirió no publicar comentarios hasta tener la oportunidad de acordarlo con Siliceo: “habíamos guardado silencio sobre el asunto, esperando tener la oportunidad de saber algo de interés un día u otro, lo cual hemos logrado después de una larga conferencia que hemos tenido con dicho señor, que se encuentra actualmente en esta ciudad”. Un vez más, el empresario tuvo que viajar para solucionar en persona un problema grave que podía afectar el resultado de todas sus gestiones anteriores.

La explicación que sigue a esta introducción está estructurada de la siguiente manera:

1. Se recuerda lo que estaba previsto y que se debía cumplir pero que se tuvo que modificar, o sea que el primer grupo de colonos debía salir de Texas para establecerse en las zonas de Purépero o Zacapu, en el estado de Michoacán, pero terminó yendo a Tamaulipas.
2. Un párrafo de transición explica que, desconociendo lo que había originado este cambio al plan inicial, los encargados del periódico prefirieron no publicar ninguna noticia sobre el hecho hasta ser capaces de exponer los “motivos poderosos” que obligaron a tomar medidas en situación de emergencia.
3. Se hace el relato de los hechos, partiendo de una consigna enviada por Siliceo a los colonos y que no fue cumplida por éstos, y siguiendo con los hechos descritos con lujo de detalle, utilizando la precisión en las fechas y nombres como un certificado de veracidad.

En esta última parte, nos enteramos de ciertos detalles de la implementación de la política de colonización que muestran la gran dificultad de mantener el control en la gestión de los tiempos, a pesar de que el director fue capaz de anticipar este problema. Para esto, publicó unas circulares, “y de esto tienen conocimiento nuestros lectores” pidiendo que nadie se saliera de Laredo, lugar de reunión de donde podrían salir por ferrocarril para México, sino hasta 15 días después porque Siliceo necesitaba este plazo para asegurar la entrega legal de los terrenos de Michoacán. Sin embargo, el primer grupo que llegó a Laredo se adelantó a este calendario ya que salió antes de recibir alguna notificación y “se había acercado a la frontera misma de nuestra República” pero

sin atravesarla. Esta es entonces la oportunidad de hacer público quién supo cumplir con sus obligaciones (Nicanor Mendoza) y quién desobedeció (“Isaura Guzmán que es una de las personas que ha hecho cabeza en este inoportuno movimiento”) sobre un tono paternalista. Ese mismo paternalismo hizo que Siliceo siguiera sintiéndose responsable por un tiempo del grupo disidente y buscó las formas de asegurarles un lugar donde instalarse en México. La emergencia de la situación le impidió recurrir una vez más al ferrocarril para negociar en persona y tuvo que comunicarse por telégrafo con varios Estados. La emergencia y las prisas para resolver el problema de la tierra demuestran que el grupo había creado un problema legal: un grupo de mexicanos no podía pasar la frontera de su propio país si no podía demostrar a dónde se dirigía legalmente dentro del marco de la colonización ya que de esto dependía el cumplimiento de las exenciones de impuestos sobre todos los objetos que necesitaban traer para su instalación. En estas circunstancias, la frontera se presentaba primero como un problema de trámite y un primer contacto con el Estado mexicano mediante su administración arancelaria.

Por lo tanto, Siliceo se quedó en la ciudad de México para encontrar una solución con Manuel Fernández Leal, secretario de Fomento, quien tomó la iniciativa de enviar telégrafos para obtener tierras para el “primer grupo que ya por entusiasmo o por poca reflexión” había dejado de obedecer a las instrucciones del director. Gracias a esta intervención, recibió a la brevedad una respuesta de la compañía propietaria de la hacienda de la Sauteña, en Tamaulipas.

Esto le fue comunicado al Sr Siliceo y quedó determinado que si los colonos aceptaban la proposición, irían a aquellos terrenos y de lo contrario si podían esperar un poco de tiempo más, el Sr Siliceo autorizado por la Secretaría de Fomento, los llevaría hasta Morelia mismo en donde el Gobierno de aquel Estado les proporcionaría hospedaje el tiempo que fuere necesario, mientras tanto podía definitivamente entregar aquel Gobierno los terrenos de Purépero, o hasta la ciudad de México Capital de la República para esperar en aquel lugar en donde multitud de las personas del primer grupo indudablemente hubieran podido ayudar a sus gastos desempeñando por un poco de tiempo algún trabajo, que indudablemente en una ciudad de la categoría de México con más de 380.000 habitantes, no hubieran escaseado.²⁶

No deja de sorprender esta propuesta de tres opciones presentadas a los colonos para que ellos eligieran cuando la ira de Siliceo en su contra debía haber alcanzado su colmo. Esta situación resulta muy reveladora de las relaciones de poder que existían entre los diferentes actores de la colonización: los colonos podían desafiar la autoridad del

director quien debía todavía solucionar, con el apoyo de la autoridades, los problemas generados por decisiones tomadas a su pesar y por fin preguntar si las soluciones encontradas estaban a su gusto. Obviamente, ésta es la versión de Siliceo que omite precisar por qué parte de los colonos había llegado al punto de rechazar su autoridad y se contenta con explicar su actitud por un exceso de entusiasmo. Sin embargo, esta versión, aunque incompleta, es probablemente cercana a la realidad. Conocemos otros casos en que la autoridad de los directores de las colonias ha sido desafiada, rechazada hasta el grado de que colonos expulsaron al fundador de la colonia, como en el caso de la colonia francesa de San Rafael Jicaltepec en los años 1830.²⁷ En los años 1890, la presión que podían ejercer los colonos ciertamente no había desaparecido, al contrario. En efecto, la política de colonización seguía siendo una prioridad para el gobierno al mismo tiempo que un gran problema ya que los inmigrantes no respondieron a las ofertas de la Secretaria de Fomento tal como se esperaba, y México seguía viendo los flujos migratorios orientándose hacia Estados Unidos y Argentina. En consecuencia, los que sí demostraban interés en instalarse en México se encontraban en una posición de fuerza para tomar iniciativas y hasta negociar las condiciones de su instalación. Hasta ahora, la pobre historiografía existente sobre la colonización ha omitido este aspecto que la riqueza de nuestra fuente permite presentar desde el punto de visto del director de la colonia, relegado al papel de intermediario en la negociación entre Secretaria de Fomento y los colonos.

Una vez aceptada la propuesta de su instalación en la hacienda de Tamaulipas, “no se creyó más, este señor [Siliceo] con compromiso alguno hacia los colonos que él mismo a costa de sacrificios pecuniarios y asiduo empeño había organizado”, el vínculo quedó definitivamente roto. Quedaba todavía la necesidad de explicar por qué Siliceo había tardado tanto en legalizar la entrega de los terrenos de Michoacán. Su explicación muestra que la creación de una colonia dependía también del manejo del tiempo de un tercer actor: el Estado. El problema no era nuevo: los franceses que llegaron en los años 1820 para instalarse como colonia agrícola en la región de Coatzacoalcos, Veracruz, tuvieron el triste privilegio de ser los primeros en constatar los desfases que existían entre el gobierno central y sus diferentes oficinas de la provincia.²⁸ Llegaron a Veracruz pensando que iban a poder introducir sus bienes y herramientas sin tener que pagar

impuestos aduanales tal como lo preveía su contrato de colonización, pero la aduana de Veracruz, que no había recibido instrucciones en este sentido, les confiscó parte de sus instrumentos y condenó al fracaso la empresa antes de que el clima y las enfermedades lo hicieran. El Estado parecía haber solucionado este tipo de disfunciones al grado de haber mandado en persona al Secretario de Fomento, Carlos Pacheco, en 1888 a la colonia italiana de Huatusco, Veracruz, para verificar que todo estaba listo para recibir a los recién llegados.²⁹ Esta demostración de interés y de eficiencia, que sin duda demuestra que la construcción del estado mexicano había progresado notablemente, no debe ocultar que las autoridades públicas todavía podían entorpecer la implementación de una política que ellas mismas promovían. En el caso que estudiamos aquí, el estado de Michoacán ya no se había preocupado por terminar el proceso de entrega de las tierras a la futura colonia que dirigía Siliceo porque “se verificaban las elecciones y había un cambio en el sistema hacendario del Estado lo cual interrumpió en algo la marcha de sus gestiones”.³⁰

Para terminar el texto sobre un punto positivo, la redacción de *El Colono* felicitaba “de buena fe a nuestros compatriotas del segundo y demás grupos que salgan para la patria”. Cuidémonos de pensar que el tono no podía ser más paternalista. Siliceo publicó a continuación de este artículo una carta que había recibido o mejor dicho conseguido de los que debían colonizar Michoacán y que terminaron en una hacienda de Tamaulipas, carta que más bien parecía un acta de contrición en la que asumían la completa responsabilidad de su fracaso. Cuarenta personas firmaron la carta en que se reafirmaba la autoridad de Siliceo sobre la empresa y su gratitud hacia el empresario y el gobierno de México. El motivo de su disidencia, definido como “causas de fuerza mayor”, pretendía hacer caso omiso de la decisión de desobedecer a las consignas. La carta aparece pues haber sido escrita por el propio Siliceo quien probablemente negoció con el grupo su firma y publicación a cambio de su intervención para conseguir la oportunidad de instalar a los colonos en Tamaulipas.

Siliceo se preocupó del impacto de este lamentable asunto sobre las otras familias que se habían apuntado para participar a la repatriación. Sin embargo, la defección de muchas de ellas no se debió a estas noticias sino a los ritmos demasiado lentos de la empresa. Las familias de campesinos no estaban dispuestos a dejar su residencia en

Estados Unidos en cualquier momento del año: el calendario agrícola era el que decidía de su disponibilidad. Incapaz de dar un plazo para la salida a México, Siliceo empezó a ver desde junio de 1896 algunas familias tomar tierras en arrendamiento para poder sobrevivir mientras se atendían los problemas administrativos de la empresa (25 de junio de 1896). La interrupción de la publicación de *El Colono* en octubre de 1896 fue probablemente el resultado de esta lenta erosión provocada por la imposibilidad de coordinar los tiempos de los diferentes actores. Además, la estrategia que eligió Siliceo de fomentar el entusiasmo por la repatriación lo obligaba a llevar su empresa a un ritmo sostenido que sabía era inadecuado para relacionarse con las autoridades públicas.

Conclusiones

Con el periódico *El Colono*, Luís Siliceo nos dejó un testimonio de una riqueza excepcional para conocer los aspectos cotidianos de la creación de nuevas colonias agrícolas desde el punto de vista del empresario y de su equipo de trabajo. Analizar esta fuente a partir de la historia de las sensibilidades conjugada con el análisis estratégico permite dar un paso importante para entender mejor los motivos del relativo fracaso de la política de colonización, interpretados únicamente en términos de las debilidades del Estado mexicano en proceso de construcción.

El análisis micro enfocado a los actores, sus estrategias, sus recursos, su sociabilidad y sus convicciones permite otro acercamiento a un tema de por sí muy descuidado de la historiografía mexicana. Gracias al rescate de la experiencia de Siliceo, podemos entender por qué la colonización en México solía fracasar, más allá de las explicaciones generales sobre las condiciones climáticas y la incapacidad del gobierno para darle seguimiento a una política pública. La empresa de Siliceo fracasó, al igual que el 90% de las empresas de colonización y el contrato que había firmado con la Secretaria de Fomento caducó en 1900. Su experiencia permite descartar la hipótesis de que la falta de interés real de los empresarios, retratados por la historiografía nacionalista como depredadores de los recursos de la nación, conducía a un fracaso fatal de la colonización. El empeño, la dedicación, la inversión de tiempo y de recursos no permitieron concretar el proyecto de repatriación en el marco de la colonización en zonas geográficas potencialmente propicias. De allí podemos negar por lo menos tres de las aseveraciones de la historiografía sobre el tema. Primero, no es posible reducir las

políticas de colonización y repatriación a interpretaciones simplistas e ideológicas; al contrario esta experiencia muestra la complejidad de los objetivos de los actores. Segundo, presentar el fracaso de la política de colonización como consecuencia de una fatalidad debida a las condiciones físicas del país junto con su situación política poco atractiva deja de lado otros factores mucho más determinantes: las configuraciones cambiantes entre los diferentes actores, las relaciones de poder y la aceptación o no de la autoridad, los intereses divergentes, afectaban en mayor grado los proyectos. Tercero, la colonización no se puede presentar como un “negocio redondo” para el empresario ya que las inversiones eran importantes y el resultado más que aleatorio.

Desarrollar aquí el problema de la confianza y de la desconfianza permite presentar por primera vez un aspecto que ha pasado desapercibido hasta ahora en los estudios sobre el Porfiriato: el peso de la herencia de varios decenios de inestabilidad que podemos observar en el caso de la empresa de Siliceo. Las estrategias de los actores para superar las dificultades generadas por la desconfianza, como fue el caso de la teatralización de la sociabilidad, se enfrentaron a otro problema, el de la gestión de los tiempos y las contradicciones surgidas de la necesaria negociación entre tiempo y espacio, en un contexto en que la modernidad tecnológica ofrecía más herramientas para conseguirlo. Es este otro aspecto que nos permite analizar esta fuente y que merece ser subrayado. Dentro de un contexto de modernización de las formas de comunicación, de que da testimonio el uso de la prensa, del ferrocarril y del telégrafo, estas formas modernas no podían remplazar la sociabilidad tradicional basada en el contacto personal y en las emociones que lo acompaña. Estas emociones fueron objeto de una racionalización por parte del empresario quien buscó la forma de integrarlas a sus recursos para que se convirtieran en una pieza clave de su estrategia, olvidando que suscitarlas iba a ser menos difícil que mantenerlas el tiempo suficiente para concretar su proyecto.

Bibliografía

Alanis Enciso, Fernando Saúl, “No cuenten conmigo: La política de repatriación del gobierno mexicano y sus nacionales en Estados Unidos, 1910-1928”. *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, vol. 19 (2), 2003, 401-461.

Cardoso, Lawrence, “La repatriación de braceros en la época de Obregón, 1920-1923”. *Historia Mexicana*, XXVI/4, 1977, 576-595.

- Carreras de Velasco, Mercedes, *Los mexicanos que devolvió la crisis, 1929-1932*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1974.
- Cossio, José Luis, *¿Cómo y por quiénes se ha monopolizado la propiedad rústica en México?* México, Editorial Jus, 1966 [primera edición 1911].
- Demard, Jean-Christophe, *Río Nautla. Etapes de l'intégration d'une communauté française au Mexique (1833-1926)*, Langres, Dominique Guéniot Editeur, 2000.
- De Vos, Jan, "Una legislación de graves consecuencias. El acaparamiento de tierras baldías en México, con el pretexto de colonización, 1821-1910". *Historia Mexicana*, XXXIV/2, 1984, 76 -113.
- González Navarro, Moisés, *La colonización en México*. México, s/d, 1960.
- Guérin-González, Camille, "Repatriación de familias inmigrantes mexicanas durante la Gran Depresión". *Historia Mexicana*, XXXV/2 1985, 241-274.
- Holden, Robert M., "Los terrenos baldíos y la usurpación de tierras. Mitos y realidades (1876-1911)", en Enrique Semo (coord.). *Historia de la cuestión agraria mexicana*. México, Siglo XXI-CEHAM, 1988, 269-289.
- Maison, Hippolite y Charles Debouchet, *La colonización francesa en Coatzacoalcos*. México, Universidad Veracruzana, 1986 [primera edición 1830-31].
- Olveda, Jaime, "Proyectos de colonización en la primera mitad del siglo XIX". *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, XI/42, 1990, 23-48.
- Pacheco, Carlos, *Memoria presentada al Congreso de la Unión por el Secretario de Estado y del Despacho de Fomento, Colonización, Industria y Comercio de la República Mexicana. Corresponde a los años transcurridos de diciembre de 1877 a diciembre de 1882*, tomo I. México: Oficina Tipográfica de la Secretara de Fomento, 1885.
- Sanchez, Evelyne, "Nacionalismo y racismo en el México decimonónico. Nuevos enfoques, nuevos resultados". *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 7, 2007,- disponible en: <http://nuevomundo.revues.org/document3528.html>
- "Les enjeux territoriaux des politiques migratoires et de colonisation intérieure dans le Mexique postcolonial (1823-1880). Les colonies européennes dans l'Etat de Veracruz". *Les Cahiers ALHIM*, 15, 2008, 95-118.

- “Les enjeux identitaires de la liberté de cultes. Une analyse des débats du Congrès constitutionnel mexicain de 1856”, en De Roux, Rodolfo y Michel Bertrand, (coord.). *De l'un au multiple. Dynamiques identitaires en Amérique latine*. Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, 2009a, 185-211.

- “Una ciudadanía experimental. La creación de colonias rurales desde el porfiriato hasta los años 1940”. *Naveg@mérica. Revista electrónica de la Asociación Española de Americanistas*, 3, 2009b. Disponible en: <http://revistas.um.es/navegamerica>

Siliceo, Manuel, *Memoria de la Secretaría de Estado y del Despacho de Fomento, Colonización, Industria y Comercio de la República Mexicana*. México, Imprenta de Vicente García Torres, 1857.

Thomson, Guy, “La colonización en el departamento de Acayucán: 1824-1834”, *Historia Mexicana*, XXIV, 1975, 253-298.

Zayas Enríquez, Rafael, *Les Etats-Unis Mexicains. Leurs ressources naturelles. Leur progrès. Leur situation actuelle*. México, Imprimerie du Ministère de Fomento, 1899.

Zilli Manica, José Benigno. *La Villa Luisa de los Italianos. Un proyecto liberal*, México, Universidad Veracruzana, 1997.

¹ Este trabajo forma parte de dos proyectos registrados en PROMEP bajo el título “Identidades múltiples y Estado-Nación. Los proyectos de nación y la implementación de políticas públicas para concretarlos en el México contemporáneo (siglos XIX-XX)” y en la VIEP-BUAP como “Las políticas de colonización en México, siglo XIX”.

² Sobre una rápida revisión historiográfica de la colonización interna en México, ver: Sanchez, 2009b. Numerosas obras han tratado estos temas sometiéndolos a un análisis ideológico, entre estas ver: Cosío, 1911; De Vos, 1984, 76-113; González Navarro, 1960.

³ Holden, 1988, 269-289.

⁴ Alanis Enciso, 2003, 401-461.

⁵ Cardoso, 1977; Carreras de Velasco, 1974; Guérin-González, 1985.

⁶ Consultamos para este trabajo el ejemplar de *El Colono*, de octubre de 1895 a septiembre de 1896, disponible en la biblioteca Lafragua de la Facultad de Filosofía y Letras de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. La autora agradece al Lic. Edgar Iván Mondragón por poner a su disposición esta fuente que no está todavía incluida en el catálogo del acervo.

⁷ Sobre este asunto famoso ver Maison, 1830-31.

⁸ Sobre la colonia italiana de Papantla ver Zilli Manica, 1997.

⁹ Ver la lista de los proyectos de colonias en el Estado de Veracruz en Sanchez, 2008.

¹⁰ *El Colono*, 25 Octubre de 1895, núm.1.

¹¹ Sanchez, 2009.

¹² *El Colono*, 25 Octubre de 1895, núm. 1, 4.

¹³ Esta oposición a la inmigración de obreros se encuentra también en Zayas Enríquez, 1899, 220.

¹⁴ *El Colono*, 10 Noviembre de 1895, núm. 2, 1.

¹⁵ Sobre el vínculo entre fisiocracia y racismo, ver: Sanchez, 2007.

¹⁶ *El Colono*, 10 Abril de 1896, núm. 12,1-2.

¹⁷ *El Colono*, 10 Febrero de 1896, núm. 10, 1-3.

¹⁸ *El Colono*, 10 Abril de 1896, núm. 12, 1-2.

¹⁹ *Ib.*

²⁰ *El Colono*, 25 Abril de 1896, núm. 13, 1-2.

²¹ *El Colono*, 10 Enero de 1896, núm. 6.

²² *El Colono*, 10 Mayo de 1896, núm. 14, 1-2.

²³ Sobre la relación entre política de colonización y la votación de la ley sobre la libertad de cultos, ver: Sanchez, 2009a.

²⁴ *El Colono*, 10 Abril de 1896, núm. 12.

²⁵ *El Colono*, 25 Marzo de 1896, núm. 11, 1-3.

²⁶ *El Colono*, 10 Septiembre de 1896, 7-9.

²⁷ Demard, 2000.

²⁸ Maison, 1830-31.

²⁹ Pacheco, 1885.

³⁰ *El Colono*, 10 Septiembre de 1896, 7-9.